

Misa por el descanso eterno de P. Fernando Cabrero Fernández 7.02.2025

Ninguno de nosotros planeó reunirse en este templo de la Parroquia Inmaculado Corazón de María en esta noche. Estamos en este lugar porque nuestra hermana muerte nos invitó aquí; así es lo que llamó Francisco de Asís – a la muerte -Hermana Muerte. El viernes por la mañana en Madrid en el Aeropuerto de Barajas, La Hermana Muerte encontró al Padre Fernando descendiendo del avión.

El Señor Dios nos llamó hoy aquí para dar gracias por la hermosa, larga y noble vida de un sacerdote. Gracias a él tenemos el honor de participar en esta misa ofrecida por su descanso eterno y alimentándonos del Cuerpo del Señor. Después de todo, cada Eucaristía es una gracia de gracias: “Bienaventurados los que han sido llamados a la cena del Cordero “(Apocalipsis 19:9).

Como sacerdotes, laicos, religiosas, amigos, jóvenes de la Pastoral Universitaria estamos en esa tierra santa que es ese templo parroquial donde probablemente se podrían encontrar las huellas de los zapatos del Padre Fernando, porque él mismo estuvo allí muchas veces y también en otras partes.

Su huella ha dejado como párroco de la parroquia universitaria en la Capilla La Pompeya, desde algunos meses en la nueva Parroquia Inmaculado Corazón de María, Vicario de la Pastoral de la Arquidiócesis de Santa Cruz, encargado de la formación de los diáconos permanentes La Universidad Católica Boliviana, El Instituto de Estudios Teológicos Seminario Mayor San

Lorenzo como docente o las comunidades del campo donde cada fin de semana salía con los universitarios a atender no solo pastoralmente sino también con otras dimensiones del buen misionero.

Hace años san Juan Pablo II, entonces cardenal en Cracovia, fue informado de la muerte del padre de uno de los sacerdotes. Karol Wojtyła guardó silencio y durante algunos segundos se sumergió en oración silenciosa. Luego abrazó al triste sacerdote y le dijo: es sólo un paso. Es sólo un paso.

En nuestra experiencia de la muerte, la partida pasa a primer plano, y el Señor Jesús habla de la venida: El Hijo del hombre vendrá;” Volveré y los tomaré conmigo, para que donde yo esté, también estén ustedes” (Jn 14,3). Cristo personalmente se toma la molestia de conducirnos a cada uno de nosotros, uno por uno, a la Casa del Padre.

Él nos ama mucho. El momento de morir se combina con el momento del encuentro. Nosotros experimentamos el paso y el difunto experimenta la transición; Nos separamos y él vive su encuentro con Cristo que lo introduce en el espacio de la vida nueva y eterna.

En nuestra fe, la hora de la muerte es la hora de la gracia. El Señor Jesús prometió: ningún ojo ha visto, ningún oído ha oído, ningún corazón humano ha imaginado lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor 2,9). Para un creyente, la muerte significa un cambio de domicilio. P. Fernando registrado durante toda su vida aquí en la tierra.

Hoy pidamos al Dios misericordioso que el nuevo domicilio del sacerdote sea el cielo, porque allí, desde el principio de los tiempos, su nombre está escrito en los registros celestiales. Ya tiene su permanencia indefinida.

La imagen de Betania en el día de la muerte de Lázaro donde Marta dijo a Jesús:” Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará del ultimo día. Jesús le dice: Yo soy la resurrección y la vida el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre.? ¿Crees esto? Sí; Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.”